

EL PAÑUELO

- “ Niñas, los materiales arriba de los bancos, a no perder tiempo; vamos, que no tengo toda la mañana...” dijo la Hermana Sor María del Pilar mientras terminaba de recuperar fuerzas luego de la empinada subida de escaleras hacia el aula de sexto grado.

Traía con ella unos papeles desordenados y dos macetas para las pruebas de medida .

La clase anterior había sido clara: hilo sisal, tijera filosa y aceitunas de madera, de las que se venden en las madereras especializadas; aquellas del agujero en el medio para que pasen los hilos .

La alumna Fuschini estaba sentada en el primer banco del lado de la pared, el siguiente al escritorio donde la hermana había dejado los dibujos del portamaceta.

El murmullo de la *mise en place* de los materiales ya se escuchaba por detrás de su cabeza y parecía que la Hermana Pilar había decidido empezar la requisa por ella. La mirada de águila haciendo foco en su presa y su ceja derecha arqueada así lo hacían saber .

El filo de las treinta tijeras se suspendió en el aire, el olor amargo de los ovillos de grueso hilo sisal invadió la atmósfera y las bolitas, asemejando

aceitunas negras, apoyadas sobre los pupitres sonaron, sin querer, como música de suspenso.

Solo unos segundos bastaron para que el grito ceceoso, caliente de ira, como aliento del diablo, saliera de la descontrolada boca de la monja, quien no sabía como atajar el desajuste de su prótesis dental que parecía querer zafarse .

Este inconveniente, que habitualmente no podía manejar, parecía ser el único límite que su propio cuerpo le ponía para frenarla cuando la ira la tomaba.

Fuschini tenía arriba de su pupitre, un carrete de hilo de coser blanco, un salero grande lleno de sal fina y un frasco de aceitunas negras sin descarozar.

Sigilosa, desorientando a la clase con su repentino silencio -que hizo que su dentadura volviera a su lugar luego del azote que casi hace peligrar su existencia- la monja se dirigió hacia el pizarrón, tomó el borrador con su mano derecha y giró sobre los talones de sus esarpines de cuero negro que, al caminar chirriaban rítmicamente, alertando al resto de su presencia en el lugar.

Esa rotación le sirvió para ocultar el borrador juntando ambas manos sobre su trasero, por demás abultado .

Al acercarse a Fuschini, la monja comenzó a desgranar una a una, como con un cuentagotas de hiel, las preguntas humillantes que siempre tenía guardadas para sus queridas niñas.

Para la monja, ese momento era siempre sabroso como un pecado y, al tiempo que se ponía por detrás de Fuschini para que lo único que pudiera hacer la alumna fuera bajar la cabeza de vergüenza, le asestó un golpe en la nuca con el borrador, preguntándole en forma insistente qué era lo que tenía en la cabeza .

Fuschini, sobresaltada, articuló una frase inaudible que enervó aún más a la hermana Pilar y de ahí en más lo único que se escucharon fueron las risotadas burlonas del resto de la clase que distendieron el rostro crispado pero con muestras de satisfacción, de la monja.

Ella se replegó sobre su banco tratando de encontrar un lugar seguro que no existía y buscando evitar que las gotas de saliva que desperdigaba la monja al hablar, la alcanzaran.

Sus cejas parecían un par de arco iris y la piel blanca, casi transparente de su rostro, dejó entrever un rojo que subía como la espuma de una cerveza bien tirada .

Fuschini comenzó a transpirar y sacó su pañuelo roñoso para secarse las gotas de miedo que corrían por su cara. Aquel amasijo de tela color gris mugre , estrujado como un bollo de papel y lleno de mocos de todos los colores, era la presencia ausente que, en la escuela, la acompañaba incondicionalmente .

Nadie sabía por qué causa Fuschini no podía controlar, ni en invierno ni en verano, que mocos en todas las gamas de verde colgaran siempre de sus

narices, vivía inspirando para volverlos para adentro; pero ellos eran las velas que nunca se apagaban, siempre allí , perennes.

En ocasiones los aspiraba, otras los chupaba tratando que sus compañeras no se dieran cuenta y la más de las veces acudía al pañuelo que ocultaba en la manga de su camisa. Cuando el colgante se cortaba por lo más fino y no llegaba a tiempo apelaba directamente al puño de la blusa .

Nadie quería tocar lo que pasaba por las manos de Fuschini porque amén de su problema de moqueo constante, ella tenía siempre las uñas sucias, uñas que no condecían con sus manos perfectas, níveas pero con una piel arrugada, como las de una señora mayor.

Fuschini era blancucha, con una piel tersa y lozana en lo visible de su cuerpo, tenía el cabello rojizo y siempre lo llevaba atado con una hebilla mientras un flequillo adolescente e indómito caía sobre su frente.

Tenía una nariz respingada, casi perfecta a no ser por los cirios pascuales que no podía domar y su boca parecía hecha a cincel, con labios ni gruesos ni finos pero detalladamente delineados en unos bordes candorosos, tenía dientes perfectos y ojos de rata, pequeños y renegridos.

Su cuerpo era un misterio ya que el jumper azul marino era demasiado grande y largo para que pudieran adivinarse sus formas. Su madre decía que el uniforme era muy caro y que tenía que durarle hasta séptimo grado, pero el que tenía era talla 16. Llevaba las medias tres cuartos azules de stretch por

arriba de la rodilla, lo cual, entre el largo del jumper y lo alto de los calcetines, hacía que sus piernas fueran un misterio. Usaba zapatos guillermina cuando la moda eran los náuticos y su camisa era algo inexplicable para todas. Estaba hecha de una tela que no era la común, parecía tela de repasador o más bien de sábana y sus costuras, tanto en los ojales como en las terminaciones, eran desprolijas, como de principiante. Fuschini decía que la había heredado de su hermana mayor y nunca develó el misterio del origen de aquella prenda. El blazer parecía de su padre, enorme, con hombreras y con unos bolsillos capaces de guardar el portafolio entero.

Ella tenía dos años más que el resto y los pechos que se dejaban adivinar por debajo de la carpa que era su uniforme, eran la prueba de que ya se había convertido en señorita.

La monja decidió que ya estaba bien y le ordenó a Fuschini ir al rincón, al lado del pizarrón y casi pegada al cesto de basura, lugar obligado de concurrencia de todas sus compañeras, quienes se levantarían una y otra vez para ir a cargarla.

De allí escucharía y vería atentamente la clase hasta que tocara la campana para salir al recreo, no sin antes recibir como advertencia de la boca de la monja que más valía que para la próxima clase trajera los materiales correctos que sino iba a ir a parar adentro del armario y a ser encerrada allí hasta la hora

de la salida. Fuschini miró el desvencijado mueble y bajó la mirada hacia sus zapatos.

La hermana Pilar, luego de los diez minutos perdidos en el sermón y habiendo ubicado en su lugar a la alumna, comenzó la clase enseñando paso a paso las técnicas del trabajo. Esa clase solo sería de corte de los hilos y de un abordaje de la técnica del gancho superior del portamacetas. Esto obligó a que la clase entera trabajara de pie ya que había que cortar los piolines teniendo en cuenta y como referencia las baldosas del piso .

Las chicas iban y venían con sus ovillos y sus tijeras y entre tanto y tanto, alguna que iba a tirar algo al cesto aprovechaba y matizaba la ida al tacho diciéndole a la compañera : -*“Ey Fuschini, ¿ están ricos hoy ? y con aceitunas... ¡ van a estar mejor!”*.

Esto hizo que Fuschini comenzara a hurgar de forma nerviosa en la manga de su camisa buscando su pañuelo, al tiempo que le entregaba a esa compañera de tránsito por el lugar , una sonrisa de vergüenza que pedía perdón .

La campana sonó como siempre, tres veces espaciadas y luego siete talan seguidos como si la celadora se hubiera vuelto loca. Ese toque anunciaba el recreo largo .

Las niñas recogieron y guardaron sus cosas en las bolsas y, todas con sus viandas, corrieron escaleras abajo hacia el patio.

La monja quedó sola en el aula con la única presencia de Fuschini en el rincón. Le dijo que podía irse y que dejara de estar en babilia para la próxima vez porque quizás, esa “próxima vez” no existiría. Agarró sus macetas y sus papeles que seguían sin ordenar y sin más se dirigió a la escalera que la conduciría al patio y de allí a su claustro. En el camino se cruzó con el gato de las hermanas a quien las niñas habían bautizado con el nombre de Arturo y, alzándolo, lo besó con un cariño desmesurado a la vez que intentaba esquivar los arañazos que pretendía tirar el pobre animal .

Fuschini, ya sola en el aula, disfrutó ese momento de silencio donde ya no había nada ni nadie de quien protegerse. Fue hacia su banco y, al abrir su portafolio, se dio cuenta que había olvidado su colación para el recreo . No iba a volver a su casa con el frasco de aceitunas y decidió que esa sería su merienda.

Se abrigó con el blazer porque en el patio corría un chiflete cortante que no le haría bien a su resfriado constante y guardó el frasco en el amplio bolsillo.

Al bajar, sus compañeras la estaban esperando para perpetuar las cargadas y las humillaciones. Eran parte del divertimento . Sin eso no había recreo.

La voz de mando era sobre todo la de Eleonora Bracamonte, aquella chiquilla que hacía galas de sus moños escoceses en el pelo y de sus peinados perfectamente arreglados por una madre sin colores pero presente. Ella era la

protagonista principal de todas las escenas de malvadas y gustaba de hacer sentir su liderazgo a quien quisiera ponérsele enfrente.

Luego de soportar unos minutos de variados apelativos y sabiendo que eso también era como la espuma de la cerveza que baja luego de alcanzar la máxima intensidad, Fuschini se fue sigilosa hacia el banco más alejado del centro de aquel patio que derrochaba venecitas en los tonos del marrón y el beige. Todo estaba cubierto por esos cuadraditos vítreos, las paredes, las columnas, todo . Al parecer era lo único que resistía bien el paso del tiempo y que no necesitaba ser pintado todos los años.

El mástil de la bandera estaba contra la medianera que daba a la iglesia y a sus costados, las plantas que tanto cuidaban las monjas que no se pisotearan . Las rosas chinas daban color intenso a ese patio y siempre provocaban ganas de arrancar una para llevarle de regalo a quien fuera, pero los ojos ladinos de alguna monja o auxiliar siempre estaban atentos a enfriar tamaños deseos.

Los bancos del patio eran alargados, como para que entraran seis almas sentadas y su formica color verde agua los hacía aparecer resplandecientes. Fuschini eligió por fin el más alejado del grupo de sus compañeras y, sola, se sentó esperando el momento . Aguardó unos minutos y sacó el frasco de su escondite, lo abrió y una a una comenzó a comer aquellas aceitunas que, para un estómago con hambre y un corazón dolido, eran algo así como un néctar.

En esas sacó su pañuelo del puño de la camisa y lo extendió a su lado, abierto y sin vergüenza de que , con todas sus galas, se mostrara allí, al lado de ella.

Comió una a una las aceitunas negras al tiempo que apilaba los carozos que iban quedando hasta hacer una montaña.

Una de sus compañeras, Elizabeth Falco, pequeña, regordeta , pecosa y con unos ojos celestes que embriagaban debajo de unas pestañas tupidas como escobillones fue a buscar una chapipelota que se había disparado lejos durante el juego . Al acercarse, advirtió allí una escena que no era otra que de puro placer, un goce casi sexual que dejaba ver a esos protagonistas mudos, solos en su juego . Y llamó al resto.

Fuschini no dejó ni una y una vez que hubo rematado la montaña con el último de los carozos, los envolvió en su pañuelo y escondió el tesoro en su bolsillo.

Se sintió María Magdalena, la de la historia que había escuchado de la Hermana Lourdes en la clase de religión. Una vez más aquellas preguntas insistentes, las burlas y los improprios de sus compañeras la lastimaron como las piedras que recibió aquella mujer . Pero Fuschini esta vez resistió, las miró como quien hace un glissando sobre las teclas de un piano y tiró su cabeza hacia atrás al tiempo que sonrió relajada y como si recién hubiera terminado de hacer el amor .

Luego de un pequeño instante y al volver la cabeza a su eje , lo único que vio a su alrededor fue un conjunto de monjas en miniatura , todas juntas como palomas que se pelean por una hogaza de pan y aletean nerviosas unas arriba de otras .

Querían saber por qué guardaba los carozos.

Fuschini se apresuró a guardar el frasco vacío en el otro bolsillo y les contestó que ya la monja podría estar tranquila.

Al fin había encontrado la madera de las aceitunas.

Dolores Fernández Muros

